

## HORMIGÓN, Juan Antonio: *Biografía, cronológica y Espistolario I*, Madrid, ADE, 2006, p. 197-199.

El muy posado que...

21 de agosto, estalla la insurrección filipina

26 de agosto, el diario *La Opinión* de Pontevedra, recoge una breve declaración de Valle-Inclán en la que informa que a principios de otoño puede que publique una novela titulada *Candor*. Una obra con dicho título nunca llegó a editarse.

Algunos domingos cena con Ruiz Contreras en el teatro de la Princesa e incluso en casa de María Tubau y Ceferino Palencia. Las visitas y reuniones a esta mansión deben de ser frecuentes y allí le ve por vez primera la joven actriz Josefina Blanco (León, 1879-Pontevedra, 1959). Ella misma lo contó años más tarde.

— ¿Y *Alma soñadora*, no ha venido aún? —pregunté. Un violento pisotón me advirtió mi torpeza. Busqué con la mirada, volví la cabeza. Allí, junto a mí, en el hueco del balcón, como en una hornacina, se destacaba la figura escueta de un hombre sin edad. ¡También iba

vestido de negro! Desde mi asiento, en el plano inferior en que yo me hallaba con respecto a él, comencé a examinarle disimuladamente de abajo a arriba. Primero una mano: una mano exangüe, casi traalocida, casi espectral, de dedos largos, de uñas pulidas y puntiagudas. Aquella mano se apoyaba sobre el pecho, prendidos dos dedos en la abertura del chaleco; luego, la barba negrísima, un poco rala sobre las mejillas, un poco en punta, como para caracterizar a Mefistófeles en ópera; luego, la boca, de labios finos y pálidos ligeramente movidos por un tic nervioso; una boca larga, entreabierta, anhelante, de corte mefistofélico también, casi oculta por el mostacho enhierto, fanfarrón; nariz prominente, cyranesca, sobre la que cabalgaban unos quevedos con gruesa armadura de carey, de donde pendía una cinta de seda negra, ancha de un dedo, que se ocultaba en el botón del chaleco. Y tras los quevedos, los ojos tristes, dulcísimos, maravillosos, cargados de melancolía, como si hubieran contemplado todos los dolores del mundo y para todos tuvieran una mirada de piedad, de comprensión, de consuelo. Sobre los quevedos, las cejas pobladísimas, duras, casi crueles, ensombrecían los dulces ojos. Por fin, la frente ancha, bombeada, encuadrada por aquella melena negra, exorbitante, de cabellos fuertes, desmesuradamente largos, tocando en los hombros. Era el rasgo más característico del extraño desconocido, que inmóvil, hierático, permanecía en el hueco del balcón, como un santo en su hornacina, con la mirada perdida tras los gruesos quevedos. Parecía no oír ni ver.

Mas de repente, como en un choque, mis ojos se encontraron con los suyos. Rápidamente, evité afrontar aquella mirada; no tan deprisa, sin embargo, que no me diera tiempo para advertir la expresión de ternura con que aquellos ojos se fijaban por primera vez en mí. Volví la cabeza, y sin verla sentía el peso de aquella mirada. Desde la gran mesa, alguien llamó al desconocido.

– Oiga usted, Valle...

Sin moverme, a hurto con el rabillo del ojo, vi cómo aquel hombre extraño salía del balcón, se «despegaba» de su hornacina. Ahora, de espaldas a mí, podía contemplarle sin temor. Permanecía en la misma actitud hierática. Una mano sobre el pecho, la otra –con la palma ligeramente extendida hacia el suelo– caía a lo largo del brazo, pegado al cuerpo delgadísimo, casi escuálido. Andaba de un modo raro, sin doblar las rodillas, casi sin moverse, como suspendido. ¿Qué me recordaba aquel hombre con su larga melena, con su reposada actitud, con su lento andar? Sí, sí; me recordaba un cuadro. ¿De quién? De Muñoz Degraín, acaso. Un cuadro que me había impresionado. Representaba a Jesús caminando sobre las aguas, después del dulce re-



proche: «¿Qué teméis, hombres de poca fe?». Y caminaba en aquella misma actitud del desconocido. Una mano en el pecho; otra, tendida sobre el mar, para aquietarlo; la melena nazarena al viento, amansado ya. ¿Cómo pude pensar en Mefistófeles al fijarme en el desconocido? Se parecía a Cristo, a Cristo redentor y humano. El inquietante personaje estaba ya junto a la mesa. La luz caía sobre él; pero mis ojos no iban más arriba del primer botón del chaleco, donde se perdía la cinta de los quevedos. Ahora hablaba, hablaba mesuradamente, dulcemente, con cierta musicalidad, que acaso dependía, más que del tono, de las palabras armónicas, enlazadas sabiamente, con naturalidad, como si fluyesen sin esfuerzo de aquellos labios largos y finos, que yo no veía. Tenía la voz aguda, de timbre un poco femenino, y un acusado defecto de pronunciación sellaba su parla suave con ligero acento de imprecisa nacionalidad. ¿En qué consistía aquel defecto de expresión? ¿Era labia? ¿Era lingüístico? ¿Qué letra rozaba el desconocido al hablar? ¿Era la ce? ¿La ceta? ¿La ese, tal vez? Atendí. Era la ese; pero no desfigurándola, sino destacándola, silabándola un poco: «Sssí sseñor...» Era también una alteración en la proximidad a la unión de ciertas vocales. Decía «Azunsió», en vez de «Asunción». Yo, sin levantar los ojos escuchaba sin oír, la atención fija en aquellas manos, que ahora accionaban mesuradamente de acuerdo con el tono, acaso con el gesto que yo no podía ver. Toda la afectación que faltaba en la palabra estaba en las manos, cuyos movimientos parecían medidos y estudiados con arte, desde luego, pero sin espontaneidad. ¿Dónde había yo visto otras manos como aquellas? ¿Dónde las vi? Las había visto hace mucho tiempo. ¿Cuándo? ¿Dónde? Me recordaban algo que vivía en mí misma; pero, ¿qué era? ¿de dónde era? El peregrino personaje dejó en mi ánimo una pavorosa impresión, mezclada con cierta inefable dulzura...

JOSEFINA BLANCO, "Memorias inéditas",  
en *Crónica*, 12 de enero de 1936

- Las agencias de prensa informan de que en Cuba, la partida de Quintín Banderas está operando en la zona de Matanzas.

#### **Comentario: «Banderas»**

Como podemos observar, el apellido o apelativo «Banderas» apareció con alguna frecuencia en los diarios en los años de la guerra de independencia cubana, a través de las noticias de prensa cablegrafiadas o de los corresponsales. Igualmente puede ser que oyera hablar de este personaje durante su estancia en la Isla.  
José Quinito Banderas Betancourt, conocido como Quintín Banderas, nació